

JUAN ANTONIO PÉREZ LÓPEZ *

Una vida "Summa cum Laude"

Pedro A. Talavera

Doctor en Derecho y Teología

Si alguien me hubiera encargado redactar el epitafio de Juan Antonio Pérez López, este ilustre salmantino de 61 años, afincado desde antiguo en Barcelona, no lo habría dudado ni un instante; bastarían tres palabras: *Summa cum laude*. Y lo de utilizar un símil de calificación académica no se debe tanto a que casi cuarenta años de su vida estuvieran íntimamente ligados a una brillante labor universitaria —desde su doctorado en Harvard, pasando por su labor investigadora, hasta sus años como profesor y Director del IESE, la escuela de negocios más importante de Europa—, sino, más bien, a que fue uno de esos hombres que supo vivir con plenitud: plenitud intelectual, plenitud humana, plenitud de fe.

*Vivió la vida con la intensidad
y el apasionamiento de quien está
convencido de tener una tarea
trascendental que cumplir
aquí abajo*

Un desgraciado accidente de automóvil segó trágicamente su vida el pasado día 2 de junio, cerca de Valladolid, mientras se dirigía a Portugal —desde Barcelona— para impartir las últimas sesiones de un programa de perfeccionamiento empresarial. Son ese tipo de cosas en las que parecen mezcladas, a partes iguales, la fatalidad y la providencia de Dios. Quizás en este caso lo de la “providencia” pueda tener un mayor peso específico, puesto que aquel lluvioso día se celebraba, ni más ni menos, que la solemnidad de la Santísima Trinidad, y Juan Antonio, como hombre de fe y como profundo conocedor de la teología cristiana, era un apasionado de este insondable misterio. Cualquiera que haya vivido algún tiempo cerca de él —como amigo, como alumno, como colega— se habrá sonreído más de una vez al verle bucear en un desarrollo argumental —tanto da que fuera en una clase de contabilidad como en una agradable tertulia de sobremesa— trayendo a colación la Trinidad como modelo de referencia, ante la mirada atónita de quien le escuchaba por vez primera. Como si fuera un

* Artículo publicado en el diario *Gaceta Regional*, Salamanca, 14 de junio de 1996

presagio, ese fue el tema de conversación de su última cena con unos amigos la noche anterior al triste suceso. Ciertamente, que en una escuela de negocios alguien acabe haciendo de la Trinidad un tema de conversación tan natural e interesante como las últimas decisiones del Ministro de Economía, es algo que sólo puede calificarse de *Summa cum Laude*.

En muy pocas personas he visto integrarse con tal plenitud lo intelectual, lo humano y lo sobrenatural. Juan Antonio era, en efecto, un pensador profundo, de la mejor tradición salmantina, bien radicado en Aristóteles y en Tomás de Aquino —sin duda en esta última parte de siglo ha ocupado un lugar destacado

*Nunca olvidó que detrás de cada
persona se esconde un misterio que
no se debe violentar ni ignorar, sino
contemplar, desentrañar y compartir*

en el terreno del humanismo en la empresa—, pero tenía cuna matemática y años de trabajo en una compañía eléctrica, por eso no era, en absoluto, de los que fabrican teorías y viven ajenos al mundo de lo cotidiano. Todo lo contrario, Juan

Antonio Pérez López conocía tan a fondo la Metafísica, como las mejores cosechas de vinos de Rioja; podía disertar con tanta brillantez sobre la “teoría de la acción” —su personal y compleja construcción filosófica—, como del modo de preparar el “marmitaco” en la ría de Bilbao; podía poner tanta intensidad y vibración en la dirección de una tesis doctoral, como viviendo un emocionante final de etapa en el tour de Francia; podía disfrutar tanto con la lectura de lo más profundo del pensamiento de Max Weber, como viendo una elemental película de ciencia ficción, conduciendo un coche, fumando un buen “Cohiba” o quedándose plácidamente dormido en un sillón. Su capacidad de engrandecer lo aparentemente vulgar, y de convertir en agradable conversación de café lo más intrincado y oscuro de la especulación filosófica, constituían una extraordinaria y singular virtud que sobradamente merece la calificación de *Summa cum Laude*.

Si como pensador apostaba por la lógica y la racionalidad —que no por el veneno del racionalismo—, como hombre apostó lisa y llanamente por la libertad, por la persona y por la virtud. Vivió la vida con la intensidad y el apasionamiento de quien está convencido de tener una tarea trascendental que cumplir aquí abajo. Pero con sencillez, sin necesidad de colocarse en el pedestal de los divos, porque su magisterio, más allá de la letra impresa —que la hubo, y de calidad—, se ejerció con la amistad, con el trato humano, con el buen humor y, en algunas ocasiones —por qué no decirlo—, en «Martinchu», con un chuletón

de por medio. Fue siempre un hombre cercano, muy cercano, con una ilimitada confianza en cuantos le rodeaban. Nunca olvidó que detrás de cada persona se esconde un misterio que no se debe violentar ni ignorar, sino contemplar, desentrañar y compartir. Por eso huyó en todo momento de la precipitación, de la generalización, de los lugares comunes, de las recetas prefabricadas, de todas esas cosas en las que caemos quienes pecamos de superficialidad y vulgaridad. Juan Antonio era de esos raros personajes que saben descubrir las virtudes antes que los defectos, y que hablan siempre bien de los demás.

Tenía fobia al teléfono –bien lo sabemos su secretaria y tantos de nosotros–, pero dedicaba muchas horas, cara a cara, a conversar, debatir, escuchar, animar... Rehuía los compromisos de sociedad, pero se desvivía por atender, con delicadeza exquisita e impecable estilo, a los padres de un amigo, a la esposa de un colega, a un alumno despistado. Se entregó a los demás con la misma pasión con la que vivió. Cerca de Juan Antonio se estaba bien. Sus muchos kilos de humanidad se ganaron merecidamente la *Summa cum Laude*.

Juan Antonio Pérez López era numerario del Opus Dei. Uno oye decir, a veces, como pretendido elogio de alguien marcado con una fuerte personalidad, que “resulta tan original en su modo de ser que no parece de la Obra”; comentario que denota tanto la buena intención del sujeto como la supina ignorancia que le asiste, pero son cosas que suceden. Pues bien, Juan Antonio era un hombre único e irreplicable; con una originalidad en su modo de ser y de pensar inigualable; con una libertad de espíritu deliciosa, y una audacia intelectual y vital en los terrenos de la fe y de la vocación muy poco comunes, pero, gracias a Dios, se le notaba –y mucho– que era de la Obra: no tanto, quizá, porque fuera director de un Centro del Opus Dei, como por su piedad, por su afán apostólico; por su pobreza, por la categoría de su trabajo... Por todo ese conjunto de cosas que le hacían hablar del Cielo, y de la gloria accidental, y de María, y del Espíritu Santo... y repetir jaculatorias mientras navegaba por Internet, y poner un cuadro de la Virgen en cada nudo de la Web, y derrochar alegría y paz en todo momento, y ser el punto de referencia espiritual de tantos que ahora notamos su ausencia como un trallazo en el alma.

Si la gloria es el premio merecido a la plenitud humana y sobrenatural, no me cabe duda que Juan Antonio Pérez López, en el tribunal del Cielo, lo ha obtenido con un brillante, definitivo y unánime *Summa cum Laude* de toda la Trinidad.

MUERTE DE UN HUMANISTA *

Beatriz Sedano Amo
Asociación de Mujeres Empresarias de Valladolid

El pasado día 2 de junio fallecía en accidente de tráfico, en las proximidades de Tordesillas, Juan Antonio Pérez-López. Este salmantino de 62 años era en la actualidad profesor titular del Departamento de Comportamiento Humano en la Organización en el IESE, donde también desempeñó el cargo de director general desde 1978 hasta 1984, época en la que impulsó la creación de escuelas de dirección de empresas en varios países latinoamericanos. Doctor en Business Administration por la Universidad de Harvard, realizó numerosas aportaciones teóricas relacionadas con el humanismo en la empresa y la ética como requisito indispensable que debe presidir toda actividad empresarial.

Los que tuvimos la suerte de ser alumnos suyos lamentamos profundamente su muerte. No era un profesor de aulas exclusivamente, era un profesor de la vida, con mayúsculas; nos enseñó a trabajar, a enfrentarnos a los problemas, a decidir y a actuar. Nos enseñó a ser éticos.

La ética, que para muchos no pasa de ser un añadido en su negocio que se plantean por cuestiones de moda, para Juan Antonio tenía un significado completamente diferente. La ética como ciencia de la acción humana es el para qué de la acción humana. Para Juan Antonio era la pieza más necesaria y sin la cual es imposible montar un buen puzzle empresarial. El defendía la ética como pilar y auténtico sustento de cada organización, y nos enseñó a diferenciar perfectamente el qué del para qué de una empresa. Pero no hay que asustarse, lo suyo no era filantropía, ni altruismo, ni utopía; esto era quizá lo que menos le gustaba. Lo suyo se alejaba de todas estas críticas baratas y poco serias; su teoría era fruto de un estudio serio, profundo y apasionado de la acción humana en las organizaciones, desde categorías muy sólidas y, por tanto, de lo más realista.

* Artículo publicado en el diario *El Norte de Castilla*, Valladolid, 2 de julio de 1996